LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 10 de Junio de 1916

AÑO XII | No se devuelven los originales | Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2 | Número suelto cinco céntimos | N.° 612

La actualidad cristiana

En el día de mañana celebra la Iglesia la fiesta de Pentecostés o sea la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico en figura de lenguas de fuego, distribuidas sobre cada uno de los Apóstoles: día grandioso en los fastos de la Humanidad, por ser el de la inauguración solemne del funcionamiento de la no menos grandiosa Institución llamada Iglesia Católica, depositaria, custodia y genuina intérprete de la verdad revelada, representante de la Divinidad en la tierra y sucesora del Hijo de Dios en la misión de redimir y salvar a los hombres y a los pueblos, no solamente en el orden sobrenatural sino también en el natural en todas sus derivaciones y esferas.

Repetidas veces han sido objeto estas verdades consoladoras de estudios consignados en estas columnas; así como también nos hemos ocupado de la inmensa trascendencia del acontecimiento aludido de la venida del Espíritu Santo enviado por el Salvador a los primeros elegidos suyos a fin de enseñarles toda verdad, impulsarlos y

hasta dar la vida en aras del celo por la gloria de Dios y de la salvación temporal y eterna de *todo el mundo*.

Ahora en estas circunstancias críticas de la catástrofe mundial, que convierte la culta Europa y parte del Asia y del Africa en un mar de lágrimas, de sangre y de ruinas morales y materiales, parece ser sazón oportuna de hacer un examen de conciencia acerca del uso que el mundo moderno viene haciendo de los inmensos beneficios que Cristo conquistó con su preciosa Sangre y el Espíritu Santo viene prodigando desde Pentecostés. Como luz explendorosa y fuego sagrado debieran tener un altar en todos los corazones y servir de resorte y de ideal en todos los actos de la vida individual, familiar y social y sobre todo en el orden de la gracia y en el religioso por lo tanto.

¿Es nuestro catolicismo cual era de esperar después de veinte siglos de soberanas influencias del Espíritu Santo en el fondo de las almas y de la incesante actuación interna y externa de la Iglesia Católica en el seno de las Sociedades? ¿Es por ventura el espíritu de Cristo el que domina en la actividad múltiple y cada vez más inquieta y progresiva, en el aspecto material de las presentes generaciones?

No nos atreveríamos a plantear y menos a intentar resolver este formidable problema si no lo hubieran intentado antes los maestros católicos en escritos verdaderamente magistrales. A fin de prestar materia de meditación y de las oraciones de los piadosos lectores de La Caridad, tomaremos al azar algunos rasgos de uno de ellos (*España y América* 15—IX—1914, P. Ibeas).

«Nos hallamos, escribe, en circunstancias difíciles. El mundo padece una crisis moral espantosa: los grandes principios éticos que mantienen el equilibrio social, que presiden el nacimiento y desarrollo de la familia... y que favorecen y consolidan las instituciones autoritarias, cimiento y organización de las constituciones políticas se muestran removidos y vacilantes... por efecto de la acción deletérea del pensamiento moderno y de las transgresiones de la Etica ...El mundo necesita nuevamente de un *sursum corda* lanzado por labios divinos que haga alzar al cielo los ojos fijos siempre en los negros intereses de la tierra (en frase de Santa Teresa), caldee las almas en el dulce ardor de la caridad, germen de los sacrificios y muerte de las miras egoistas y *humanice* las relaciones sociales...

«Ah!; si los principios evangélicos, exclama, informasen las instituciones jurídicas y las costumbres populares

la sociedad... No creo alejarme mucho de la verdad si afirmo que las sociedades actuales, o por lo menos la sociedad española, que es la que conozco se hallan muy distantes de ser cristianas.»

No seguiremos, al ilustre Agustino en el análisis que hace, gráfico y descarnado, de los cristianos de puro nombre, de los que practican y no creen, y de los que creen y no practican por el maldito *qué dirán* o por pura cobardía; de los ignorantes e inconscientes, de los rutinarios sin fe racional e ilustrada; de los que hacen caso omiso de los tres grandes principios básicos del cristiano la fraternidad, el amor y el desasimiento. Sólo trasladaremos estas líneas:

«La religión cristiana no ha dominado todavía el mundo más que exteriormente. Está la Cruz de Cristo en la cima de los montes, en la cúpula de los edificios, en los símbolos de la autoridad... en el ara de los templos, en todas partes; sólo falta en las conciencias...; no domina sobre las instituciones, leyes y costumbres, ni se la tiene constantemente ante los ojos como norma de todos los actos.»

Y este es el secreto de todo el malestar de las sociedades y de los pueblos cultos, de sus egoismos y de sus conflictos espantosos, que ahora estamos llorando e impetrando del cielo su remedio.

La espada y la pluma

No hay poder semejante ni comparable al de la pluma: los más hondos surcos abiertos por la espada en espantosas guerras, no tienen nunca la profundidad y transcendencia que los leves rasguños que la pluma hizo sobre el pergamino o sobre el papel. Las expediciones de Alejandro y su conquista del Asia; las guerras que acabaron con la ruina de Cartago; las empresas de Julio César en las Galias; en Grecia, en Africa, en España, con aquellas tremendas batallas de Farsalia y de Munda, que fueron puertas por donde se entró el imperio romano, las inundaciones sangrientas de los bárbaros, que hicieron trizas del mapa de Europa; las conquistas árabes, que amenazaron acabar con los restos de la civilización que perdonaron los bárbaros; y cuantas guerras, luchas, encuentros, batallas, choques e invasiones ha habido en el mundo, con ser tan grandes, con haber transformado tanto los pueblos y la historia, no han influído tanto en ella como los incruentos trazos y rasgos de la pluma.

Pasa César el Rubicón, con atrevimiento no esperado y contra todos los agüeros; y la suerte de la República, que se jugaba en el paso de aquellas aguas, transformando a Roma y al mundo, no puede compararse con cualquier hazaña de la pluma manejada por un hombre de talento y genio. Aristóteles con su Física, su política y su Metafísica ha conquistado más reinos que la espada tajante de su discípulo, el hijo de Filipo de Macedonia. Más daño causó el Corán en la civilización cristiana, que las depredaciones de Omar o las conquistas de Saladino. En nuestra historia ibérica, tan magnífica, tan grande y tan llena de hazañas caballerescas, echaron más lodo y amontonaron más nieblas las mentiras de protestantes y las envidias de pueblos extraños, lanzadas a la imprenta, que las armas de Condé, las depredaciones de Drake o las naves de Nelson; porque las espadas derraman la sangre, y los piratas roban islas o rebelan pueblos o acribillan a balazos los navíos, pero las mentiras, manejadas friamente y trazando manchas en el papel, desgarran la honra y maltratan la fama, que valen más que la sangre, que la vida, que las islas y que las naves.

Escribió Santo Tomás la Suma, y añadió al templo de Fe, portentosos sostenes, ante los cuales se estrellaron las arremetidas de los príncipes protestantes; la Imitación de Cristo ha llevado más almas al cielo, y la Guía de Pecadores, con las demás obras de nuestros místicos, han formado más santos, que súbditos han conquistado los más esforzados capitanes. ¿Quién no bendecirá la mano de aquel manco, que con tanta caridad ha repartido por el mundo la limosna del regocijo virtuoso alegrando tristes, haciendo reir a los melancólicos, despejando nieblas y murrias, sembrando una ordenada y cristiana alegría en las almas bien acondicionadas, por arte de su «Don Quijote»? ¿Y quién, por caso contrario, no recordará con amarguísima pena los funestos frutos del Werther, manzana de bellos colores, cuyo jugo emborrachó y mató a tantas almas y segó en flor tantas vidas?

Tiene, pues, señores, la pluma cierto género de omnipotencia; y su imperio es tan dilatado y su fuerza tan prodigiosa, que domina la tierra, señorea las naciones y da vida o mata, estando a su merced las almas y los cuerpos.

Y ahora digo yo: pues si el libro que se escribe hoy y se lee mañana, y por maravilla se vuelve a traer entre manos, abre tan inmensos surcos en la vida del mundo, ¿qué no hará la labor diaria, la reja constante de arado del impreso, del escrito que entra en la casa periódicamente y cuenta lo que

se sabe, y se mete en la vida pública y privada, y fiscaliza por todas partes, y da su opinión en las cuestiones más arduas, y resuelve problemas intrincados, y todo lo huele, todo lo toca, todo lo oye y todo lo afasca?

¡El periódico! Esta es la palanca que buscaba Arquímedes para mover el mundo. El periódico quita el trabajo de discurrir, que para muchos es empresa más ardua que las doce famosas de Hércules; el periódico da hechas las opiniones, como si fueran zapatos ventureros; educa, mal ciertamente; de un modo incompleto, pero educa; a veces enseña, no siempre lo bueno, ni lo cierto ni lo provechoso, pero al cabo enseña; y de una manera pertinaz, suave, irresistible, concluye por apagar el último resto de razón que queda a los lectores que por la hoja cotidiana impresa truecan el siempre laborioso esfuerzo de pensar por cuenta propia.

(Del discurso del Doctoral de Sevilla en los Juegos Florales de la Prensa Católica recientemente organizados por el Centro «Ora et Labora».)

Mosaico Local

Parece que dió comienzo el año actual ayer como quien dice, y ya nos hallamos, próximamente, en el fin de su primera mitad.

El tiempo trascurre veloz, y no porque precisamente se pase bien, sinó porque, sin darnos cuenta, se aleja de nosotros con rapidez vertiginosa.

Y conforme se marchan los días y